

Vertebrar España. Lecciones orteguianas para el siglo XXI

Victoria Camps

ORCID: 0000-0003-3006-5764

Resumen

El artículo hace un recorrido por las categorías que utiliza Ortega para explicar la falta de vertebración como un fenómeno intrínseco a la construcción nacional de España, en concreto, el "particularismo" y la ausencia de una "minoría selecta" capaz de ejercer el liderazgo en una sociedad caracterizada por la emergencia del "hombre-masa". A continuación se analiza la actualidad de la teoría de Ortega cien años después, cuando España acusa graves problemas de desvertebración territorial. Finalmente se alude a la convicción orteguiana según la cual la desmoralización propia de una *España invertebrada* sólo se corrige recuperando un *ethos* auténticamente liberal en que los individuos estén comprometidos con la sociedad.

Palabras clave

Ortega y Gasset, Vertebración de España, Sociedad de masas, Minoría selecta, Nacionalismo, Liberalismo

Abstract

The article reviews the categories used by Ortega to explain the lack of vertebration as a phenomenon intrinsic to the national construction of Spain, specifically, "particularism" and the absence of a "select minority" capable of exercising leadership in a society characterised by the emergence of the "mass-man". This is followed by an analysis of the relevance of Ortega's theory one hundred years later, when Spain is suffering from serious problems of territorial disintegration. Finally, it refers to Ortega's conviction that the demoralisation of an invertebrate Spain can only be corrected by recovering an authentically liberal ethos in which individuals are committed to society.

Keywords

Ortega y Gasset, Vertebration of Spain, Mass society, Select minority, Nationalism, Liberalism

Cuando sale a la luz *España invertebrada*, Ortega roza los cuarenta años y cuenta con un prestigio intelectual notable. Desde 1910 es catedrático de Metafísica de la Universidad de Madrid, tiene en su haber una formación filosófica germánica potente, ha impulsado o creado tres periódicos: *Faro*, *España* y *El Sol*, de los que es colaborador habitual. Es en *El Sol* donde, en forma de folletines, va apareciendo lo que en 1922 se publicará como libro con el título de *España invertebrada*. Acaba de fundar *Revista de Occidente*, la plataforma que pone a España al día de las tendencias filosóficas más sobresalientes de la época.

Cómo citar este artículo:

Camps, V. (2022). Vertebrar España: lecciones orteguianas para el siglo XXI. *Revista de Estudios Ortegaianos*, (45), 89-97.
<https://doi.org/10.63487/reo.90>

Revista de
Estudios Ortegaianos
Nº 45. 2022
noviembre-abril



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Estamos en los años en que la producción de prosa política por parte de Ortega es más intensa. Lo que le ocupa y le preocupa es siempre la decadencia política y social de España en especial y también de Europa, a propósito de la cual pasa de un entusiasmo propio del espíritu regeneracionista que lleva dentro a un pesimismo casi insuperable. Como dejó dicho Santos Juliá en su *Historia de las dos Españas*, la construcción de una intelectualidad selecta ocupa los primeros años del discurrir político orteguiano. Ante la retórica de las dos Españas, el filósofo procura de entrada evitar la postura del lamento y la negación para apostar por una España nueva que se emplee en el compromiso y la acción. Desecha la tesis de que las causas de la decadencia de España residen en una fatalidad de la naturaleza o de la raza. Por lo menos al principio, considera que el problema de España radica en “el aislamiento del resto de Europa”: dolerse de España es “querer ser Europa”. Hay dos Españas, en efecto, “una muerta, vieja y carcomida y una España nueva, afanosa, aspirante, que tiende hacia la vida”.

Pero esta postura ilusionada y esperanzada que Ortega alimenta en sus primeros escritos le dura poco. Pronto desiste de la esperanza por una “nueva política” e incluso renuncia a asumir él mismo el papel del intelectual como alma del progreso político y social. El anhelo regeneracionista que se proyecta en la creación de la llamada “Liga de Educación Política española” tiene un recorrido corto. *España invertebrada* es un diagnóstico lúcido sobre la imposibilidad de vertebrar lo invertebrable. Josep Pla observa que “es un libro triste. Él la quería vertebrada al máximo. La vertebración costaba Dios y ayuda”¹. El intelectual que se había propuesto ser Ortega ve frustrada la capacidad de influir en la reorganización de España. Y cuando funda *Revista de Occidente* expresa su voluntad de situarse “de espaldas a toda política” para dedicarse “a las cosas que realmente importan”.

La publicación de *España invertebrada* es un éxito. Pronto aparece una segunda edición nuevamente prologada por su autor quien, tras excusarse por no haber previsto la fortuna de lo que fue concebido como un conjunto de pensamientos fragmentarios (una excusa frecuente en sus prólogos), señala que la decadencia nacional ya no es privativa de España, sino que alcanza a toda Europa. Ahora dice que Europa es víctima de una extenuación que no se explica sólo por los estragos ocasionados por la Gran Guerra, sino por “la ausencia en toda Europa de una ilusión hacia el mañana. Si las grandes naciones no se restablecen, es porque en ninguna de ellas existe el claro deseo de un tipo de vida mejor que sirva de pauta sugestiva a la recomposición”². La palabra que

¹ Josep PLA, “Ortega y Gasset *ex cathedra*”, *Grandes tipos*. Barcelona: Aedos, pp. 19-25.

² José ORTEGA Y GASSET, *Obras completas*, 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2004-2010, III, 41. En adelante todas las referencias de Ortega remiten a esta edición con tomo en romanos y páginas en arábigos.

define el estado de ánimo del presente es la “desmoralización” colectiva, la cual viene dada por la inexistencia de un sujeto histórico que encarne un proyecto colectivo común y regenerador.

Dos son, a juicio de Ortega, las razones de la decadencia que padecen la nación española y las naciones europeas. Son los dos ejes centrales del libro que nos ocupa. Una, el “particularismo”, una tendencia contraria a la unidad que debería ser el motivo de una construcción nacional perdurable, lo que Ortega llama “nacionalización de España”.

Detrás de dicha nacionalización hay una idea de nación indiscutible para Ortega: la nación como unidad de convivencia política y moral. Una idea alejada de la deriva nacionalista que es uno de los particularismos que hay que desechar. Para explicar su concepto de nación, Ortega hace un recorrido histórico a partir de la historia de Roma para poner de relieve la tesis de Mommsen según la cual: “La historia de toda nación, y sobre todo de la nación latina, es una historia de incorporación”³. La unidad nacional no procede ni se funda en la unidad de sangre, sino en la voluntad de unir unidades sociales preexistentes. Es lo que ocurre con el *foedum latinum*, la federación latina. Cuando Roma somete a las Galias, éstas no se diluyen en un todo ajeno, sino que siguen sintiéndose como partes distintas del imperio romano. Lo mismo ocurrirá –apostilla Ortega– en Castilla cuando integra Aragón, Cataluña y Vasconia; ninguno de estos pueblos renuncia a su carácter distintivo por el hecho de incorporarse a un conjunto mayor.

Aquí está contenida la idea de nación que Ortega no abandonará nunca y que le lleva a rechazar tanto las veleidades románticas justificativas de la construcción nacional, como a reafirmarse en la convicción de la artificialidad de las naciones que merecen tal nombre. En la formación nacional, ¿por qué se unen las partes? ¿Qué es lo que motiva la unión de lo diferente? No la fuerza, responde Ortega, sino “el proyecto sugestivo de una vida en común”, la ilusión y el empeño sostenido de hacer algo juntos. Cuando se pierde la capacidad de unir a los territorios que la conforman, la nación decae porque la unidad no se mantiene. A propósito de la unidad española, explica que ésta “fue ante todo y sobre todo la unificación de las dos grandes políticas internacionales que a la sazón había en la península: la de Castilla hacia Africa y el centro de Europa, la de Aragón, hacia el mediterráneo”⁴. La unidad se buscó para hacer grandes cosas.

Ortega ha leído con entusiasmo la obra de Renan y suscribe al cien por cien la tesis archiconocida sobre la nación como un plebiscito cotidiano. En *La rebelión de las masas* cita y comenta por extenso los requisitos que el pensador francés considera imprescindibles para configurar una realidad nacional: “Tener glorias comunes en el pasado, una voluntad común en el presente: haber

³ *Ibidem*, 51.

⁴ *Ibidem*, 63.

hecho juntos grandes cosas, querer hacer otras más; he aquí las condiciones esenciales para ser un pueblo. En el pasado, una herencia de glorias y remordimientos; en el porvenir, un mismo programa que realizar. La existencia de una nación –concluye el párrafo de Renan– es un plebiscito cotidiano”⁵. Si falta ese estímulo común, el pueblo constitutivo de la nación se desmoraliza. Se queda sin moral; dicho de otra forma, carece de un sentido o de la pasión necesaria para compartir una empresa común.

Cuando la unidad fundante falta, la nación se desmembra en “particularismos”, se desintegran las partes del todo que las unía. En tal caso, “cada grupo deja de sentirse a sí mismo como parte y, en consecuencia, deja de compartir los sentimientos de los demás”⁶. Lo más interesante y original de la versión de Ortega es que la carga de la culpa de la desintegración de las naciones la sitúa en la incapacidad del poder central para mantener la unión. El mal radical del catalanismo y el bizcainismo –son palabras de Ortega– no están en Cataluña ni en Vizcaya. El primer particularista fue el poder central: “Castilla ha hecho a España y Castilla la ha deshecho”. Dicho de otra forma, el particularismo o los intentos de secesionismo de las regiones limítrofes es, a juicio de Ortega, la expresión “de un particularismo más general existente en toda España”. En tales condiciones, la sociedad deja de ser sociedad; lo que hay en su lugar son grupos –partidos, clases, gremios, grupos profesionales– que actúan cada uno por su cuenta.

Lo que define al particularismo es no contar con los demás, lo más nefasto para la persistencia de la nación, la antítesis de la solidaridad que debería agregar a los individuos y los grupos y constituir sociedad. La indiferencia y el ensimismamiento en el propio grupo explica así lo que hoy expresamos con una palabra que no es orteguiana, el “desafecto” hacia la política. Ortega habla de “repugnancia” hacia la política, y la explica diciendo que “la causa decisiva de la repugnancia que las demás clases sienten hacia el gremio político me parece ser que éste simboliza la necesidad en que está toda clase de contar con las demás”⁷.

La segunda razón de la desmoralización colectiva es la emergencia del “hombre-masa” que equivale a la desaparición del individuo y, con él, de una sociedad creativa y poderosa. Las sociedades han quedado anuladas por ese tipo de ser que ha dimitido de su individualidad y se confunde con una masa inerte e innoble. El problema de la sociedad y el papel del individuo en ella, que preocupan a Ortega en este período, no es de “inmoralidad pública”, sino de falta de sociedad, entendiendo por tal la extinción o la inanidad de una minoría (la minoría selecta que él hubiera deseado contribuir a formar hasta que desiste de hacerlo) que debería erigirse en orientación y guía de los individuos.

⁵ IV, 265.

⁶ III, 68.

⁷ *Ibidem*, 80.

La teoría de la masificación, del hombre-masa, en la acepción orteguiana, no es una invención de Ortega. Tiene su origen en el pensamiento elitista y conservador, temeroso de los efectos nocivos del igualitarismo vinculado a la democracia, que se extiende a lo largo del siglo XIX y crea un nuevo discurso en torno a lo que los sociólogos han llamado la “psicología de las multitudes”. Ortega se alinea en dicha corriente y con su exitoso *La rebelión de las masas* se constituye en uno de los pensadores de referencia de la sociedad masa acuñando el concepto de hombre-masa, el tipo de individuo solitario y despersonalizado que caracteriza a la sociedad moderna desengañada de los ideales ilustrados y de las esperanzas de progreso.

Lo más lamentable de esa forma de sociedad de “aglomeraciones” es que la libertad desaparece porque las aglomeraciones y las manifestaciones colectivas restan espacio a la vida privada, que es el del cultivo del yo interior, de la complejidad y la responsabilidad individual. El hombre masa vive feliz precisamente porque es idéntico a los demás. Sus notas son la medianía, la vulgaridad, la conformidad, la puerilidad. Nadie admira lo que merece ser admirado, sino lo que piensa, opina o hace el hombre medio. Por su parte, las elites que deberían guiar a las masas se han extinguido, los “mejores” brillan por su ausencia, no hay minorías selectas y, si las hay, las masas no las obedecen, no las siguen; al contrario, las ignoran y las suplantán.

Para Ortega, la paradoja de tal situación es que la supuesta rebeldía de las masas como protagonistas de la sociedad es sólo aparente. De hecho, su connivencia con un Estado que se identifica con ellas es total y se someten a él sin titubeos. Para un pensador liberal, como lo fue Ortega, la gran víctima del asalto de las masas contra la civilización es el individuo que ha perdido la condición de ser libre, capaz de pensar y desarrollarse por sí mismo. Podríamos decir que es un individuo sin individualidad.

Repito las dos ideas básicas del pensamiento orteguiano en *España invertebrada* y, en general, en su pensamiento de los primeros decenios del siglo XX: primero, la desmoralización no sólo de España, sino de Europa, cuya razón de ser radica en el particularismo, la falta de una vida en común que debiera estar en la base de todo proyecto nacional; en segundo lugar, la irrupción de un modelo perverso de sociedad, la sociedad de masas, que de hecho es la “no sociedad”, que anula al individuo que debiera participar con su entusiasmo y compromiso en el sostenimiento y pervivencia de la nación.

¿Tiene actualidad la obra de Ortega cien años después de su publicación? El título no puede ser más actual: España sigue, si cabe, más invertebrada que nunca. Pero, ¿es también actual el diagnóstico, la explicación de las causas de la desvertebración de España? ¿Lo es el lenguaje? ¿Aporta ideas sugerentes para nuestro tiempo?

Una primera apreciación que se me ocurre es que la seguridad con que Ortega habla de recuperar o reconstruir las naciones choca con una época en

la que comprender el sentido de la nación es cada vez más difícil. El nacionalismo en el sentido peyorativo que le da Ortega está tan desprestigiado que ni los independentistas catalanes lo defienden. Ven lo mismo que veía Ortega: una realidad excluyente que no puede ser de recibo en una democracia. En cuanto al proyecto de nacionalizar España, con este lenguaje, sólo una formación como Vox lo acogería con entusiasmo. Ortega, en los años 20 y 30 del siglo pasado, contaba con los mimbres para tejer un proyecto de España federal que hubiera encajado en la actualidad, pero jamás quiso considerarlo. Nunca admitió que la búsqueda de un sentido y una unidad ilusionantes pudiera ser compatible con la agregación de diversas naciones o nacionalidades con rasgos culturales diferenciados y con una clara vocación de autonomía. Si pensamos en el conflicto actual con Cataluña, las tesis orteguianas quedan lejos de aportar nada que ayude a una salida federal, a mi juicio, la única salida moderada del conflicto.

Como ha dicho Andreu Navarra⁸, en *España invertebrada* empieza una reflexión sobre Cataluña que culminará con la tesis de la “conllevancia”, esgrimida por Ortega en su discurso sobre el Estatuto de 1932. No sólo ahí el pesimismo es absoluto, pues lo que expresa la conllevancia es que el conflicto es insoluble, sino que Ortega no se apea nunca de sus posiciones autonomistas que se sustentan en la afirmación de que sólo los Estado son soberanos y sólo los Estados crean nación, no al revés. La nación no puede nacer de separar lo que estuvo unido, sino de incorporar realidades diferentes con las que se pacta un proyecto común. Dicha teoría, que podría ser el sustento de una posible federación no sólo hispánica sino ibérica, a Ortega no le sugiere nada que pueda acercarse a un federalismo hispánico. Como es sabido, Ortega consiguió que se eliminara del articulado del Estatuto de 1932 que la República fuera de “tendencia federalista”. Los distintos territorios que componen España son sólo “regiones” o “pueblos”, nunca podrán “nacionalizarse” ni siquiera para integrarse en un proyecto nacional más amplio. En cuanto a la región –añadirá más tarde Ortega, en *La redención de las provincias*, con un inquietante verbo– “es confinada por el Estado”.

Hubo una relación fluida y cálida entre los intelectuales y políticos catalanes (Cambó, Maragall, Gaziol, y otros muchos) en la época de redacción de los dos Estatutos –el de 1919 y el de 1932–, pero jamás acercaron posiciones al respecto. Para utilizar otro de los conceptos orteguianos más afortunados, las “creencias” de unos y otros se oponían radicalmente. Y como las creencias no son simples ideas de quita y pon, sino que “en las creencias se está”, no quedaba más remedio que resignarse a la conllevancia. En esa conclusión, y a la vista de la sucesión de acontecimientos posteriores, seguramente habrá que acabar reconociendo que, en realidad, fue un visionario.

⁸ Andreu NAVARRA, *Ortega y Gasset y los catalanes*. Madrid: Fórcola Ediciones, 2019.

De otra forma hay que considerar la concepción del hombre masa, que no sólo no ha desaparecido, sino que se ha potenciado con la globalización y con la emergencia de las redes sociales. El fenómeno de los populismos podría interpretarse como la caricatura del anhelo orteguiano de unas elites capaces de orientar a las masas y llevarlas por la vía del progreso. Puesto que quienes agitan a las masas no tienen nada que ver con el intelectual selecto que vislumbraba Ortega, la simpleza y mediocridad del individuo sólo recibe refuerzos en lugar de salvarse de la masificación.

El fenómeno de las masas es una de las preocupaciones tempranas de Ortega. Tan temprana que de ellas habla en el primer escrito recogido en las *Obras completas*, titulado “Glosas” y publicado en 1902, donde lamenta la sustitución de las influencias personales por las influencias de las masas. Las multitudes son una realidad de las sociedades modernas, que presenta rasgos muy negativos y preocupantes porque la multitud es “impersonal, involuntaria, torpe, como un animal primitivo”; la multitud contrasta con “los hombres de criterio delicado que al formar parte de un público pierden sus bellas cualidades. De suerte que una multitud de individuos formando un público es inferior a la suma de esas intelectualidades separadas”⁹.

Ortega acierta en el diagnóstico: España sufre una desvertebración que es consecuencia del particularismo y la “acción directa” del hombre-masa. Pero se equivoca al pensar que la recuperación del alma política –de lo que él llama “sociedad” y que considera inexistente– sólo podía haber sido posible con el liderazgo de esas minorías selectas, un liderazgo que nunca ha existido y que ya es imposible.

Pedro Cerezo tampoco comparte la tesis orteguiana de que la desmoralización colectiva de Occidente se superaría si Europa vuelve a tomar las riendas de la vida y se constituye como una eficaz comunidad política, porque “el problema último, según sus propias premisas no estaba aquí. No era cuestión de liderazgos sino de ejemplaridad, y ésta sólo podría lograrse con un nuevo modelo de existencia. La des-orientación del hombre-masa que no sabe a qué estrellas vivir es tan sólo un exponente de la más grave des-orientación de la cultura europea, que al término de su proyecto racionalista, consumada su reducción ideológica como razón dominadora, advierte que se ha quedado exánime, esto es, sin principios, porque el *principio* de la razón se ha reducido a la *función metódica instrumental* para alcanzar cualesquiera resultados y en virtud de cualquier premisa”¹⁰.

La cuestión de fondo y a mi juicio más destacable, que Ortega desarrolla en *La rebelión de las masas* y con la teoría de la razón vital, es el rescate de la vida como libertad, el valor fundacional de la historia de Occidente, que se ha extin-

⁹ I, 16.

¹⁰ Pedro CERESO GALÁN, *La voluntad de aventura*. Barcelona: Ariel, 1984, pp. 71-72

guido por causa de la evolución del liberalismo decimonónico. Sólo cultivando la libertad, los hombres y mujeres se hacen cargo de su libertad individual y dejan de ir a la deriva y sin proyecto que cohesione a la sociedad.

Es paradójico que el gran valor instaurado por la modernidad, el de las libertades individuales, haya evolucionado de forma que lleve a la inhibición y la falta de compromiso del sujeto de la libertad, que es el individuo. Es paradójico que la doctrina política liberal cuya afirmación ha consistido en pedir que no se aniquile al individuo, ha acabado aniquilándolo. En *Historia como sistema*, Ortega le da vueltas al concepto de libertad, remitiéndose a la *libertas* ciceroniana, y atribuye su degeneración a un vicio del liberalismo consistente en “creer que la sociedad es, por sí y sin más, una cosa bonita que marcha lindamente como un reloj suizo”. Esa dejadez con respecto a la sociedad nos ha dejado con un liberalismo “encantador e irresponsable”¹¹.

¿Por qué? Según nuestro filósofo, porque la sociedad es una utopía, ninguna sociedad ha sido jamás sociedad. Por eso hace falta alguien que mande, un Estado. La ensoñación liberal de una sociedad capaz de autorregularse y limitar el poder deriva de no haber caído en la cuenta de que, en toda colectividad, actúan fuerzas sociales y antisociales. Dicho de otra forma, en toda sociedad, hay un componente antisocial. El liberalismo no supo verlo, pese a que no faltaron filósofos que lo advirtieron. Basta citar a Kant y su idea de la “sociabilidad insociable” del ser humano.

Desde el punto de vista de que lograr una sociedad que merezca tal nombre es una empresa utópica, dirá Ortega, la libertad política hay que entenderla de otra manera a como suele entenderse. No se trata de ir ganando libertades varias ni de que el ser humano no se sienta oprimido, sino de “la forma de esa opresión”. Algunos pueblos y épocas lo entendieron bien y supieron “adaptar el Estado a sus preferencias vitales”. Eso significa “la vida como libertad”, en la acepción orteguiana. El ejemplo, dice, son las instituciones romanas “que fueron inspiradas en las circunstancias, desde el fondo de firmes creencias que constituyen el alma de una nación, mientras una nación tiene alma. Todo pueblo que sepa hacer eso será un gran pueblo”, explica en *Historia como sistema*¹².

Finalmente, la recuperación del alma de la nación o de la sociedad, desde las preferencias vitales, pienso que tiene algo que ver con la idea más celebrada de Ortega: la de salvar las circunstancias para salvarnos a nosotros mismos. “El hombre rinde al máximo de su capacidad cuando adquiere la plena conciencia de sus circunstancias”, dice en *Meditaciones del Quijote*¹³. El discurso de las circunstancias nos dice que el ser humano es una individualidad que se construye con el esfuerzo de salvar lo que le rodea: la gente, las relaciones, la política, la

¹¹ VI, 72.

¹² *Ibidem*, 101.

¹³ I, 319.

historia. Esa voluntad de salvación, que le compete al individuo y debiera articularse en una tarea común, es nuestro imperativo ético.

La falta de moral que Ortega detecta en una *España invertebrada* y que tiene su razón de ser en el particularismo y en la realidad del hombre-masa sólo se combate recuperando el *ethos* liberal, con una ciudadanía socialmente comprometida, una ciudadanía formada por esos individuos que son, cada uno de ellos, una perspectiva distinta. Dicho de otro modo, recogiendo la teoría del mismo Ortega según la cual “cada individuo es un punto de vista esencial” cuyas verdades parciales hay que lograr tejer para formar sociedad. Ortega reclama una moralización del individuo rechazando al mismo tiempo un “deber ser” utópico, alejado de las circunstancias vitales. Moralizarse es, diríamos hoy con una palabra horrible, empoderarse, para ser lo que somos: individuos que articulan sus puntos de vista para formar una sociedad auténtica. La propuesta parece fácil, pero no hemos conseguido que se haga realidad. ●

Fecha de recepción: 07/06/2022
Fecha de aceptación: 16/09/2022